XX

El cura de Brault se calló.

Hubo una larga pausa.

—¿Y todo eso ha pasado aquí?—preguntó mi amigo.

-Aquí mismo.

-¡Diablo!

—Junto a esa misma chimenea me contó el marqués lo que acabáis de oír. La alameda donde sorprendió la conversación de Bernardo de Montjeu con su hija es esa por donde pasáis todos los días, y en este momento estoy yo sentado en el propio sillón del anciano marqués.

-¿Y qué sucedió después?

-Nada.

-Pero la justicia intervendría...

-¿Qué había de intervenir?...

—Para explicarse la impotencia de la justicia en este asunto es necesario representarse el Morvan tal y conforme era en aquella época. En Brault sólo había dos caminos por los cuales pudieran circular carros. El resto del país estaba surcado de malas travesías y senderos estrechos, por los cuales apenas podía pasar un caballo. Y la mayor parte de estas sendas, cambiadas en arroyos durante el invierno, y hendidas como los lechos de los ríos, formaban una especie de trinchera por las que se caminaba como por un foso, sobresaliendo únicamente la cabeza del caminante del nivel del terreno.

Por otra parte, en aquel tiempo cada uno era independiente en sus dominios, por limitados que fuesen; y el del marqués de Brault era muy extenso. Sólo su guardabosque hubiera podido extrañar algo; pero la desaparición de aquellos tres auverneses, que no tenían nada, ni aun familia casi, pues eran solteros todos tres, no era un acontecimiento que pudiese llamar la atención, y nadie se fijó en él.

Supusieron que aquellos carboneros habrían ido a buscar trabajo a otra parte: esa fué toda la oración fúnebre.

Así es que en realidad nadie se apercibió de nada de lo que había pasado más que el marqués de Brault, el vizconde de Montjeu y el honrado Prevot, pues el padre del vizconde no había tomado parte en la muerte de aquellos desgraciados, y se había encontrado hasta el fin en la más completa ignorancia respecto a los proyectos del marqués.

Después había tenido conocimiento de ellos cuando ya no le era posible evitar nada; pero, como era natural, no podía ser el denunciador de su amigo y de su hijo.

En cuanto al marqués, su fiel Prevot y Bernardo de Montjeu permanecieron tan impenetrables después de la venganza como lo habían sido antes, de modo que ninguno de sus servidores tuvo la más leve sospecha de lo que allí había pasado.

Desde el día siguiente a aquellos sucesos el marqués siguió haciendo su vida ordinaria.

El conde de Montjeu volvió a su castillo, pretextando una indisposición que le impedía tomar parte en las distracciones de los demás, y en efecto, se le notaba triste y taciturno.

Durante todo aquel invierno, el marqués y Bernardo de Montjeu siguieron cazando con una frecuencia y un entusiasmo que tenía un doble objeto: primero, el de causarles una fatiga grande con la cual podían alcanzar un reposo que los espectros de sus víctimas turbaban sin cesar, y segundo, el desorientar a aquellos que hubieran podido concebir sospechas.

Pero cuando pasó el verano, he aquí lo que sucedió.

Se supo en Brault, con gran sorpresa, que el

marqués renunciaba para siempre a su pasión favorita.

Se le vió repartir sus perros entre todas las traíllas célebres de la Borgoña y del Morvan, donde se apresuraban a recogerlos con entusiasmo.

Después el marqués partió para un largo viaje, en compañía de Bernardo de Montjeu.

Durante dos años ni uno ni otro parecieron por el país.

El marqués me dijo que durante aquel tiempo había tratado de desechar el recuerdo del espantoso drama que tanto le preocupaba, recorriendo el mundo en diferentes direcciones.

Acompañado de Bernardo, ligados ambos por una afección indestructible y siempre tristes y melancólicos, visitaron el Oriente, Jerusalén y Constantinopla; atravesaron Rusia y Austria..., pero sin poder encontrar por ninguna parte el reposo que tanto necesitaban.

Cuando la conquista de Argel, Bernardo de Montejeu se alistó como voluntario, primero a las órdenes del general Bourmont y después a las del general Bugeaud.

En 1842 fué muerto en una acción de guerra. Entonces tenía el grado de jefe de escuadrón de cazadores de Africa.

Sé de memoria la sentida carta que el joven escribió a su padre momentos antes de morir, y

cuya copia envió éste al marqués de Brault, que me la ha enseñado varias veces.

Estaba concebida en los siguientes términos:

"Mi querido padre:

"Acabo de ser herido mortalmente. Hace dos años que ando buscando la muerte, que se ha hecho esperar demasiado. Hoy llega, y la bendigo.

"Creeréis, sin duda, que el remordimiento de un acto que habéis tenido la delicadeza de no reprenderme nunca, y al cual no habéis hecho jamás alusión, es el que ha pesado sobre mi conciencia y hecho de mi vida una pesada carga.

"Os juro que no.

"Es cierto que nuestra venganza traspasó los límites de la justicia; pero aquello fué un castigo por el que he pedido muchas veces perdón al Señor que me ha de juzgar.

"Dios debe habérmele perdonado, porque ya no he vuelto a censurármelo nunca.

"Aquellos hombres mataron para siempre mi felicidad y la de la más pura, inocente y dulce de las criaturas. Sufrieron su castigo. Fué la pena del Talión.

"Lo que me ha hecho la vida insoportable y odiosa es el recuerdo del martirio que sufrió aquel ángel a quien yo amaba con un amor único, sin límites; que había nacido para hacer vuestra dicha y la mía, y que creció, si es posible, con el fin trágico de mi adorada prometida.

"Este recuerdo ha sido la pesadilla de mis sueños y el tormento de mi vida. No creo que haya pasado un sclo minuto sin que haya tenido ante mis ojos aquel horrible espectáculo. Abrigo la firme certidumbre de que María me espera y voy a reunirme a ella.

"¡Adiós, padre mío!

"Bien venida sea la bala que va a librarme de mis torturas.

"No os cause pena una muerte que me proporciona la felicidad,

"Os deseo una vejez dichosa y os envío al expirar la expresión de mi apasionado cariño.

"No he querido suicidarme, y he sido recompensado por la suerte.

"¡Muero por mi patria!

"¡Adiós!

BERNARDO DE MONTJEU."

Aquella epístola estaba firmada por el moribundo, pero escrita por su coronel, el conde de Frandieu.

El coronel había añadido un post-scriptum a la carta destinada al marqués de Brault.

Decía así:

"Bernardo me lo ha contado todo. Era un corazón noble.

"Si el castigo fué atroz, lo excusaba una justa cólera. Padre, hubiese obrado del mismo modo que vos.

"Permitidme que os estreche la mano a través de los espacios que nos separan.

"EL CORONEL FRANDIEU."

El cura de Brault hizo una breve pausa, y después dijo:

—Ahora ya lo sabéis todo. Si he hablado así, ha sido porque el marqués no me recomendó el secreto.

Según me dijo, se había confesado de su crimen algunos meses después de cometerlo.

Ya os dije que fué con mi antecesor, que ha dejado en el país fama de verdadero santo.

Sin embargo, el recuerdo de aquella noche terrible le perseguía sin cesar, y fué su constante preocupación durante los cuarenta años que vivió después de aquella ejecución sangrienta.

Todo lo que sé respecto a esta confesión fué que el sacerdote impuso al marqués la penitencia de renunciar para siempre a su pasión de caza, causa primera de esta espantosa venganza.

El marqués se resignó a aquel sacrificio, y nunca, por grande que fuese la privación que para él suponía, volvió a poner su mano sobre ningún cuchillo o escopeta de caza.

Desde entonces no se oyeron más en los inmensos bosques de Brault el sonido de las bocinas ni los ladridos de los perros.

Jamás volvieron a hollar su suelo aquellas brillantes cabalgatas, a la cabeza de las cules iba el cazador más renombrado de ese magnífico y salvaje país que se llama el Morvan.

El marqués de Brault hizo una vida de silencio y de retiro en su castillo, como hubiera podido hacerla en un claustro.

Por todos aquellos contornos ha dejado una memoria venerada.

En tres leguas a la redonda de su castillo no había ni un solo pobre.

El marqués corría sin cesar por montes y valles en un jaquito nervioso y rústico, buscando miserias que consolar y enfermos que curar, y así gastaba todas sus rentas.

Se había propuesto reemplazar de este modo, junto a sus colonos y leñadores, a su hija María, la muerta aquella, cuyo pensamiento le arrancaba lágrimas todos los días.

El marqués lanzó su último suspiro a mi presencia y a la de su fiel Prevot, según su deseo, que nos había manifestado, pues nos suplicó que no le abandonáramos en su último trance. Sus postreras palabras, que yo recogí, fueron éstas.

-¡María!... ¡Perdonadme, Dios mío!

Todo lo que puedo afirmaros para terminar, es que el autor de esta horrible venganza era en el fondo el ser más dulce, más generoso y más bueno que he conocido, lo cual demuestra que una pasión puede arrastrar en una hora de locura a cometer los actos más criminales a las mejores naturalezas.

De los demás personajes de esta historia poco podré deciros.

El doctor Burel murió en Brault, a fines del año 1845.

Nunca dejó de ser el íntimo amigo del marqués y siguió pasando en su casa los dos tercios del año como cuando vivía su ahijada en tiempos más felices.

El conde de Montjeu, mucho más joven que el doctor, falleció lleno de pena poco después de su hijo, legando todos sus bienes al marqués de Brault, quien al morir se los legó a su vez a los hospitales de Nevers, de Chateau-Chinon y de Autun.

Prevot no sobrevivió a su amo casi nada.

Dos meses después de enterrar al marqués lanzó su último suspiro aquel modelo de servidores, del cual van quedando ya pocos ejemplares. El cura de Brault se levantó.

Eran las doce de la noche.

¿Qué os parece mi historia?—me preguntó.

—Me parece siniestra y de un interés palpitante—le contesté—, y quisiera poderla contar como vos para formar con ella un libro que acaso sirviera de ejemplo a otros desgraciados.

-Libre sois para ello, pues hace más de medio siglo que ha pasado todo eso, y ya no sobrevive ningún miembro de esas dos familias... ¡Así pasa todo en este mundo; hombres y cosas! Escribid el libro, que éste queda y siempre causa el bien cuando es bueno.

El bondadoso anciano se dispuso a partir.

Cubrió la blanca cabeza con un sombrero, levantó la sotana y echó sobre sus hombros una especie de pelerina.

Estaba dispuesto.

Mi amigo y yo le acompañamos, siguiendo su jaquita y alumbrando el camino con un farolillo.

La noche se había despejado y un fuerte viento de Oeste arrastraba las últimas nubes.

Caminamos por una alameda bastante ancha durante un cuarto de hora, cuando el cura nos detuvo.

—Aquí estaba el establo y el corral donde tenía el marqués encerrados a los treinta perros que devoraron a Martín Rabaud, y nunca pasó por este sitio sin experimentar un estremecimiento de horror.

Y añadió al llegar un poco más abajo:

-Veis esa enorme encina?

—Sí.

—Pues ahí fué donde Prevot enterró los restos de aquel miserable.

A la orilla del camino, una cruz de granito, grande, sólida y construída para durar siglos, se alza majestuosamente, despertando la curiosidad de los viajeros que circulan por allí.

El cura de Brault señaló aquella cruz y dijo:

—El marqués mandó erigir esta cruz que aquí veis diez años después de su venganza...

La justicia humana no tenía ya derecho a perseguir a los autores de aquel crimen, que Dios mismo habrá sabido dispensar en su infinita misericordia.

Continuamos luego nuestro camino hasta la iglesia de Brault.

Dicha iglesia está unida al cementerio, como para cobijar con su sombra a los cuerpos que en él yacen.

Cuando ya íbamos a alejarnos, después de haber estrechado la mano del anciano, éste nos detuvo, y señalándonos dos escalones de piedra, nos dijo:

-Entrad ahí.

Y nos condujo junto a los muros de la iglesia. Allí vimos una tumba de mármol blanco, que desaparecía casi bajo la hiedra y las plantas parásitas.

El cura de Brault separó algunas ramas, y tomando el farolillo de manos de mi amigo, proyectó su luz sobre una inscripción algo borrosa, en la cual pudimos leer lo siguiente:

AQUÍ YACE

MARÍA DE BRAULT,

prometida del vizconde Bernardo de Montjeu, MUERTA Á LOS 18 AÑOS Y 2 MESES el día 16 de julio de 1827

FIN DE LA NOVELA

